



EN TORNO AL RELATIVISMO CULTURAL

**LECCIÓN MAGISTRAL PRONUNCIADA POR EL PROF.
AGUSTÍN GONZÁLEZ ENCISO**

**ACTO DE GRADUACIÓN DE LA IV PROMOCIÓN DEL
MASTER UNIVERSITARIO EN MATRIMONIO Y FAMILIA**

12 DE AGOSTO DE 2005

En primer lugar quiero felicitar a todas las personas que se gradúan hoy en esta cuarta promoción del Master Universitario en Matrimonio y Familia. Enhorabuena muy sentida, porque conozco el esfuerzo en todos los órdenes que les ha costado llegar hasta aquí. Me atrevo a decirles que les envidio, porque una formación en matrimonio y familia como la que ustedes tienen ahora resulta un precioso tesoro, la perla por la que merece la pena haber dejado otras cosas, el descanso, por ejemplo, para dedicarse a ella.

Quiero también dar la enhorabuena a los responsables de este máster tan acertadamente diseñado, tan cuidadosamente organizado, tan sabiamente impartido. Siempre he considerado una inmensa suerte y un privilegio haber podido conocer de cerca el desarrollo y gestión de estos estudios y ahora como miembro del Patronato del ICF, desde luego sin ningún mérito por mi parte, enorgullecerme de poder seguir teniendo algo que ver con un empeño tan singular e importante.

Igualmente, deseo expresar mi satisfacción por el honor que se me hace de haberme invitado a pronunciar la conferencia de esta solemne sesión de graduación; una tribuna, soy consciente de ello, muy exclusiva.

En las reuniones de la junta directiva del Instituto, a la que he pertenecido algunos años, solíamos hacer una broma: ¡por favor, no me diga que la familia es muy importante! Con eso señalábamos la mala costumbre, tan extendida, de repetir enfáticamente lo importante que es la familia, para luego no hacer nada relevante por ella. Pues bien, en este momento, mal que me pese, no me queda más remedio que decir: ¡oh, qué importante es la familia! Lo malo es que después de esta maravillosa declaración de principios tendré que hacer algo más concreto.

Creo que un aspecto crucial de su importancia reside en que en la familia se encuentra parte importante de la esencia de la persona. Se suele decir muchas veces



que el hombre es un ser social y sobre esa base se han desarrollado teorías y prácticas, llamadas sociales, que en realidad son muchas veces altamente insolidarias y destructivas de la persona y de la sociedad. Para mí la razón del error es clara: se olvida que si el hombre es un ser social, la primera forma de sociabilidad es la familia, que toda sociedad se basa en la familia, que no hay sociedad sin familia, ni la ha habido nunca.

Estamos en la era de la globalización. Nada nuevo bajo el sol: desde Adán y Eva la humanidad ha tendido a extenderse e intercomunicarse. La historia universal es un largo proceso de globalización y de esfuerzo de entendimientos mutuos, aunque, ya se ve, difícilmente conseguidos. Lo nuevo hoy en la globalización no es el hecho, sino el punto al que se ha llegado y los medios que se poseen. Pero los problemas de la globalización son los mismos que tienen las sociedades que se comunican, y residen, entre otros aspectos fundamentales, en la falta de respeto a la familia; en la falta de verdad sobre la familia. De la familia derivan los valores, que harán posible una recta ordenación social en todos los aspectos. Por eso, olvidada la familia, también la sociedad global tiende a perder sentido y la comunicación universal pierde igualmente su sentido. ¿Para qué comunicarnos? ¿Para crear mayor individualismo radical? Sí, los problemas del mundo son familiares y los problemas familiares son universales porque la familia es algo global, en el sentido de integrador: abarca los principales aspectos de la persona y de la sociedad. Por eso mismo, la familia es una cuestión interdisciplinar, porque si la familia se entronca, desde su base, en el entramado de lo individual y lo social, todos los problemas personales y sociales afectan a la familia y son afectados por ella.

Ciertamente no basta con decir que la familia es importante, sino que es necesario estudiar a fondo todo aquello que directamente afecta a la realidad constitutiva de lo familiar, y hacerlo tanto de un modo científico, como desde una perspectiva multidisciplinar. Es lo que ustedes han hecho, aunque cabe señalar, no por ser aguafiestas, que no han hecho más que empezar, porque a partir de este momento viene la aplicación práctica de los conocimientos adquiridos, así como la profundización en los mismos. Es una tarea para toda la vida, y ustedes lo saben bien.

Pero no todos entienden así la familia. Las dificultades en torno a la comprensión del hecho familiar y de su importancia tienen raíces muy variadas, como es de suponer; me voy a fijar ahora en una, especialmente importante en nuestros días por la amplitud de su influjo, tanto en la familia, como en otros aspectos vitales: me refiero al relativismo.



De manera sencilla, definiría el relativismo como aquella actitud y manera de pensar que considera que no existe la verdad absoluta. Tampoco el relativismo es nuevo. Como decíamos de la globalización, podríamos indicar también que la historia universal es una continua tensión entre el relativismo y la verdad. Si quieren un ejemplo pleclaro del problema con dos mil años de tradición, pueden recordar a Poncio Pilatos: ¿Qué es la verdad? La pregunta de Pilatos era falsa retórica. No se la hacía para buscar la verdad, sino para asegurarse de que no existía, que no era relevante, o más bien era peligrosa para él en ese momento. Es una falsa retórica porque, además, con tal pregunta trataba incluso de convencer a su interlocutor, o justificarse ante él, de su pequeña verdad; una verdad que, aunque fuera mezquina y falsa, le era muy útil. A cambio, negaba la existencia de la auténtica verdad; sin embargo la tenía delante de sí. Probablemente no podemos exigir a Pilatos que pudiera ver la Verdad en el Reo al que estaba juzgando, aunque algo intuyera; pero sí podía ver, y veía, que la verdad era que el reo era inocente. Esa verdad sí se le puede exigir, aunque no la admitiera.

La verdad absoluta tiene infinitos destellos que si no son la verdad total, participan directamente de ella. En el caso que comentamos, lo verdadero era, al menos, la inocencia del reo. A veces los relativistas se defienden diciendo que la fe religiosa, en la que los cristianos basamos en última instancia el conocimiento de la verdad, no es obligatoria para ellos. Ciertamente la fe es algo muy personal, pero se puede conocer la verdad, o al menos partes esenciales de ella, sin tener fe, porque la verdad forma parte de la naturaleza humana como algo incluso previo a lo religioso. La fe garantiza una mayor certeza sobre la verdad, pero su ausencia no impide conocer aspectos fundamentales de la misma: de ese modo, un juez puede conocer la inocencia o culpabilidad de un reo. Para eso no es necesario tener fe religiosa, basta con algo más asequible y exigible a todos: la honradez.

La verdad está relacionada con la honradez en la medida en que la persona honrada está dispuesta a actuar según las consecuencias que se deriven de su actitud. Es decir, la verdad compromete.

Si seguimos dándole vueltas a la familia veremos que la aceptación de la verdad sobre la familia compromete. Por eso tantos legisladores y tantos políticos niegan la verdad sobre la familia, por eso tantos intelectuales callan, por eso tantas personas se pliegan a las modas imperantes, cuando la inocencia del reo es patente. La inocencia del reo, en este caso, es, por ejemplo, que el divorcio es un mal, que el aborto es un homicidio, que la homosexualidad es contranatura; la inocencia del reo es que hay que esforzarse todos los días por conservar el amor



conyugal, que hay que dedicarle tiempo real a los hijos, además de entenderlos en cada una de sus etapas vitales. Negar todo esto o partir de posturas ambiguas, es andarse con subterfugios y la misma experiencia histórica lo muestra con claridad. Pongamos un ejemplo sobre algo básico como es la importancia de tener hijos. Recuerda un historiador de la familia y de la demografía que la población existente en un lugar y momento dados, es en un 80 por ciento heredera de las familias que tuvieron más hijos tres generaciones anteriores. Dicho de otro modo, que las familias con pocos hijos se extinguen, mayoritariamente, en tres generaciones, lo cual significa que si no tenemos hijos, nos extinguimos. Una vez más vemos que no hay nada nuevo bajo el sol. En la historia han pervivido los más prolíficos, lo cual parece claro desde la óptica de las leyes biológicas. Pero es que, aunque la persona sea más que biología, también es biología, y hay que tenerla en cuenta.

Esta lección tan clara de la historia y de la biología, que aquí se coordinan a la perfección, es la que ha olvidado el mundo occidental. Si no fuera por los inmigrantes de otros lugares, el mundo occidental (esto es, Europa y los Estados Unidos) llevarían tiempo viendo reducirse el conjunto de sus poblaciones. Se quiere llevar el modelo poblacional occidental a otros continentes, incluido América Latina, con el también viejo engaño de la falta de alimentos y de la pobreza. Es mentira. La pobreza no proviene del aumento de la población, proviene de la injusticia, de la corrupción, del mal gobierno, del abuso de los poderosos y de la insensibilidad de quienes tienen más pero no quieren comprometerse. Esos factores son los que impiden dar de comer a las nuevas personas que llegan: no hay que evitarles la entrada, hay que ponerles cubierto en la mesa; esto es, habrá que hacer las reformas necesarias en la organización social. Pero hay que tener claro que la población es el recurso básico y principal para salir de la pobreza. Desde el punto de vista económico mano de obra y consumo son esenciales, si los suprimimos no hay economía; otra cosa son las condiciones en las que esos factores operan.

Ciertamente los problemas del desarrollo son muy complejos, y no vamos a entrar en ellos ahora, pero es claro que la culpa del subdesarrollo no está en la población. Si se reducen los nacimientos de manera artificial y mentirosa es posible que se consiga que los no nacidos no pasen hambre, como es obvio, pero si sólo se hace eso, los que nazcan la seguirán pasando: de eso ya hay muchos años de experiencia, desde que se pusieron en marcha determinadas políticas sobre el desarrollo. Además, de seguir por la línea de reducir los nacimientos, a la larga y según la regla del 80 por ciento antes aludida, se llegaría a la extinción de los pueblos. De eso también hay experiencia clara en Europa occidental. Así pues,



una verdad básica sobre la familia, tener hijos, enlaza con el problema del desarrollo y de la globalización. Sin verdad sobre la familia, la globalización se volverá contra los pueblos menos fuertes económicamente hablando.

Pero estábamos con el relativismo. Pues bien, como en el caso de la globalización, el problema del relativismo no es tanto el hecho en sí, como el punto al que hemos llegado. Hoy en día el relativismo ha conseguido insensibilizar muchas conciencias, de modo que es difícil pensar desde la verdad. En la práctica ocurre lo que Benedicto XVI denunciaba al comienzo de su pontificado: existe una dictadura del relativismo. No es sólo el hecho de que muchos no acepten la verdad, sino que quienes no la aceptan impiden que lo hagan los demás. Es la analogía que se deriva de nuestro ejemplo milenar, cuando los jefes de los judíos presionaron a Pilatos para que negara la verdad, porque ellos la negaban también.

La verdad es incómoda, porque una vez conocida es difícil justificar su negación, por eso hay que alejarla, hay que impedir que salga a la luz. En política esto se llama dictadura: cuando el poder oprime e impide que se conozca la verdad de las cosas y se dé lugar a un debate político. En lo cultural ocurre lo mismo: el relativismo impide verdaderos debates sobre las cuestiones. La experiencia nos muestra que no es exigible que todos estemos de acuerdo en lo que sea la verdad, pues son muchos los factores que coinciden en su conformación, pero sí es exigible el debate honrado, poder hablar sin ser insultado -como yo ahora, que digo lo que quiero y ustedes me escuchan: muchas gracias-; sí se debe exigir verdadero respeto ante lo que se llaman opiniones -término que no deja de ser un eufemismo-, y desde luego tiene que haber honradez. Hoy se habla mucho de tolerancia interpretada como respeto, pero apenas existe cuando se trata de determinadas verdades que van contra determinadas convenciones sociales, como las ya mencionadas. Que quede claro, que decir la verdad, o lo que uno considera verdadero, con respeto, no es intolerancia. La intolerancia está más bien, en intentar acallar la idea contraria.

La dictadura del relativismo ha cambiado el método científico de investigación y de comunicación. A base de dudar y de relativizar las cosas, a base de posturas acomodaticias, se niega que la verdad pueda existir. Hasta se niega la verdad de la misma duda, de modo que quien duda ya no dice que lo hace. Dudar supondría reconocer que puede existir una verdad, aunque no se la alcance, y eso no se hace; al contrario, se expresa de manera firme una supuesta verdad, para asegurar la posición personal, como si la verdad pudiera ser privativa. Por supuesto, desde esa particular verdad se anatematiza a todos, incurriendo nuevamente en una cla-



ra falta de tolerancia. Ahora bien, ¿pueden existir multitud de verdades particulares? Creo que no.

Hoy se ha cerrado el ciclo histórico: desde la creencia en una verdad universal, a la puramente particular. Desde un objetivismo absoluto, a un relativismo total. La Edad Media pensaba desde el realismo de la consideración de la existencia de una verdad originaria, de la que todo se deriva. Lo fundamental era entender a Dios creador y el modo como las criaturas se relacionan con Él. La modernidad temprana, ya desde el siglo XIV, si no antes, pidió más protagonismo para la persona humana; el Renacimiento puso al hombre en el centro; aunque sin negar a Dios, ya se le ponía en sordina. El barroco, con Descartes a la cabeza, instauró la duda como método. A partir de ese momento el discurso filosófico no parte desde la verdad, sino desde la duda. De momento se suponía que la duda llevaría a la verdad, como era el caso de Descartes, pero la realidad es que en la mayoría de los filósofos posteriores el hombre pasaba a ser lo verdaderamente importante y sus dudas reales adquirían más relevancia que la verdad sobre la que supuestamente se dudaba.

La Ilustración, en lógica consecuencia, exaltó al máximo la razón y empezó a negar a Dios, una negación que se hizo casi absoluta más tarde a medida que el materialismo se fue imponiendo en el pensamiento y en las costumbres. A comienzos del siglo XX, Marshall, un economista -ya no son necesarios los teólogos, ni los filósofos-, afirmó que ya no había teología, sino economía. Era la normal consecuencia de haber intentado explicar todo lo creado a partir de la lógica de Adam Smith, incluso a pesar del propio autor escocés, que nunca osó llegar a tanto. Esa lógica queda reducida (sin permiso de Smith) a que no hay moral, sino sólo benevolencia mutua a partir de la mutua necesidad. Este modo de pensar justificará el capitalismo en su peor cara, la justificación de la verdad del más fuerte. Se ha dado un cambio importantísimo: la única verdad es la cuantitativa, la de los números, la del dinero contable. Sobre lo demás se puede dudar lo que sea, porque sobre ello no existe verdad: ya no hay filosofía, ni mucho menos teología. A comienzos del siglo XXI y tras el vacío aterrador del siglo XX, nos preguntamos si no nos estamos inventando las necesidades materiales para poder creer que existimos.

En cualquier caso, como digo, el método ha cambiado. La filosofía ya no es el amor por la sabiduría y su búsqueda, sino sólo la expresión subjetiva de lo que en un momento se considera relevante. Así se destruye la filosofía, se vuelve a la postura de los antiguos sofistas griegos y encontrar la verdad se hace imposible. Sartre -de quien se ha celebrado alguna conmemoración casi en oculto, en con-



traste con el influjo que parecía tener hace cuarenta años-, Sartre dijo que el hombre es una pasión inútil. Ciertamente si se mira desde la perspectiva del desarrollo de la filosofía que acabo de esbozar, no queda más remedio que afirmarlo. Algunos se lo han creído. Los defensores del llamado pensamiento débil, insisten en que la verdad es radicalismo y fundamentalismo y por lo tanto hay que rechazarla en sus extremos. Ahora bien, si se rechazan los extremos no se puede llegar a toda la verdad, porque la verdad no es divisible. Parece como si hoy el pensamiento se hubiera encerrado en un bosque tropical, aparentemente maravilloso, pero del que se quieren ignorar sus límites y su razón de ser. Como hay mucha hierba, el bosque no tiene suelo, porque no lo veo; como es muy frondoso, no hay cielo, porque no lo veo; como no hay caminos hechos, no hay salida, porque no la veo. El problema no es estar en el bosque con sus perplejidades, sino desconocer que los árboles tienen raíces bajo el suelo y que brilla el sol y cae la lluvia por encima de las copas cerradas. Dentro del bosque, sin querer buscar la salida, el hombre no trasciende nada, no se relaciona con nadie, desconoce la verdad, se extingue por falta de comunicación... se hace inútil.

Es una curiosa y fatal paradoja que en el momento de las mayores posibilidades de comunicación que ha producido la historia, las personas están cada vez menos comunicadas. Falla el método, aunque la técnica sea supersofisticada. El problema no son los móviles, que nos impiden hablar con el de al lado porque respondemos insistentemente a sus sonidos, músicas como los cantos de sirena de Ulises, que nos alejan de lo que en cada momento debemos atender; el problema no es la televisión, que nos atonta con programas insulsos, carentes de todo interés, cuando no claramente contrarios a un mínimo de dignidad personal: los niños en su ingenuidad y sin medios son capaces de descubrir modos infinitamente más interesantes de diversión. No, el problema no es la técnica que nos materializa. El problema es anterior a todo eso, es un problema de método: no queremos saber la verdad. Ya ni siquiera dudamos, afirmamos que nos basta con nuestra verdad, que por supuesto es de un nivel intelectual y de exigencia bajísimo. Como no queremos saber la verdad utilizamos mal la técnica que en principio sería una magnífica ayuda para desarrollar las capacidades personales. Pero no se preocupen, tampoco esa actitud es nueva, los adelantos tecnológicos siempre han tenido su parte negativa; el problema es, también en este caso, que el mundo ha llegado a un grado de desarrollo tecnológico que sí nos puede deshumanizar.

La técnica nos engaña. Creemos que progresamos. Admiramos, si es que nos queda capacidad para ello, por poner un ejemplo al alcance de todos, la maravilla que es montar en un avión y en pocas horas cambiar de clima, de paisaje, de



cultura, de idioma, de raza..., pero no advertimos que en medio de tanto cambio puramente circunstancial nosotros no hemos cambiado nada, que seguimos pensando lo mismo que pocas horas antes. Es decir, el verdadero cambio no lo produce la técnica, sino el pensamiento sobre la verdad y la adecuación a ella de nuestro comportamiento. Y este cambio no hay técnica que lo produzca en unas horas, necesita un itinerario vital, que ciertamente se puede acelerar, pero sólo en la medida en que nuestro amor por la verdad vaya creciendo. De lo contrario, aunque el hombre pueble todos los planetas, si la técnica lo hace posible, seguirá viviendo en el relativismo inútil.

Tal relativismo se basa, como recuerda Alejandro Llano, en un "individualismo posesivo" que domina nuestras sociedades aísla a las personas, rompe la comunidad y es, en definitiva, el principio del camino del dirigismo total, es "pre-totalitario".

Frente a todos estos problemas, y otros que cabría señalar, pero la hora lo impide, hay que hacer, como invita también Alejandro Llano, un alegato a favor de la verdad, que en realidad es una manifestación de confianza en la persona. Según ha escrito este filósofo recientemente en la revista "Nuestro tiempo", y con él terminamos, hay que apasionarse con la verdad. "La verdad como pasión, dice, es el temple de quien piensa que el estudio, el aprendizaje, la conversación racional, es el mejor camino para la resolución de los problemas, para la mejora del mundo y de la sociedad".